



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

39.- Doxología final



unánimes

Estudios Bíblicos

O.39.- Doxología final

1. El texto

Romanos 16:25-27

25 Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, 26 pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, 27 al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.

2. Introducción

En el cristianismo, la doxología (del griego “doxa” δόξα, "fama" u "opinión", y “logos” λόγος, "palabra" o "conocimiento") es la alabanza a Dios. Pese a que en la Grecia antigua la “doxa” δόξα tiene un valor subjetivo, en el cristianismo pasa a expresar la objetividad absoluta: la realidad de Dios y sus manifestaciones. El término doxología se usa para indicar la propiedad de dar gloria a una deidad que debe tener el lenguaje teológico para ser auténtico. La costumbre de terminar un rito o un himno con una doxología proviene de la sinagoga. La comunidad se une a la doxología en el cierre, sumándose a la expresión “amén”.

Aquí, al final de la carta, Pablo escribe una extensa doxología. Sin embargo, el Nuevo Testamento contiene otras doxologías de igual extensión:

Hebreos 13:20-21

Que el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Efesios 3:20-21

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

3. Reforzamiento de conceptos

25 Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, 26 pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe,

Varios de los conceptos que fueron introducidos al comienzo de Romanos vuelven a aparecer aquí: afirmar o fortalecer (16:25), mi evangelio (16:25), el evangelio de Dios (1:1); el misterio oculto durante largas edades pasadas (16:25, 26), el evangelio que había prometido de antemano (1:1, 2); por medio de las Escrituras proféticas (16:26); por medio de sus profetas en (las) sagradas Escrituras (1:2); a fin de que haya obediencia de fe entre todas las naciones o gentiles (16:26 y 1:5).

Pablo se refiere a un fortalecimiento espiritual, y no a la comunicación de algún don carismático específico, tal como el de hablar en lenguas.

Pablo tiene derecho a describir las buenas nuevas como “mi evangelio”, ya que le había sido revelado a él por el Señor; y porque él, Pablo, lo amaba, lo proclamaba, e intentaba, por la gracia de Dios, demostrar sus efectos en su propia vida. Lo que Pablo quería decir era: “mi evangelio, es decir, la proclamación de Jesucristo”. Era por medio de las buenas nuevas, tal como Pablo las amaba y proclamaba, que Dios podía confirmar a los receptores.

La verdadera predicación es el vigoroso y entusiasta grito del heraldo al anunciar la venida y llegada del Rey, y al llamar al pueblo a darle la bienvenida con alegría y a someterse a Él. Según el apóstol, es en relación con una proclamación tal del evangelio y por medio de ella que Dios puede afirmar a quienes reciben el mensaje. Es esa clase de buenas nuevas a la que Pablo da el nombre de mi evangelio.

Un misterio, según el uso que el apóstol le dé al término, es algo que, en algunos casos hasta alguien quien, habría permanecido en ignorancia si Dios no lo hubiese revelado; o, en caso de ser el misterio una persona, si Dios no la hubiese revelado.

El apóstol va a decir tres cosas sobre este misterio:

- a. Que estuvo oculto durante largas edades pasadas;
- b. que ahora ha sido manifestado y
- c. que, según el mandato del eterno Dios, estaba siendo clarificado por medio de las Escrituras proféticas, a fin de que haya obediencia de fe entre todas las naciones o gentiles.

La esencia del misterio era esta: que algún día los gentiles no solo entrarían en el reino de Dios en grandes números sino que también lo harían como copartícipes en los mismos términos que los escogidos de entre los judíos. “Cristo en vosotros, esperanza de gloria” sería la base sólida para la salvación presente y para la gloria escatológica futura para todo aquel que, sin consideración de raza, pusiese, por la gracia soberana de Dios, su confianza en el Salvador.

Este era el misterio que había permanecido oculto durante largas edades pasadas porque, aunque la decisión había sido ya hecha en el plan eterno de Dios y aunque ya en la antigua dispensación había habido prefiguraciones del cumplimiento de la promesa de salvación para ambos, gentiles y judíos, el periodo de cumplimiento en gran escala no había sido alcanzado hasta ahora. Pero ahora, con la llegada de la nueva dispensación y con la proclamación del evangelio hecha a todo lo largo y ancho del mundo, este misterio estaba siendo manifestado y se iba haciendo evidente. Se manifestaba en el cumplimiento de la profecía.

¿No iba dirigida esta misma epístola a una iglesia constituida por judíos y gentiles que en forma unida servían a Dios?

Pero no solo echaban luz los hechos de salvación sobre las antiguas profecías, sino que estas, a su vez, clarificaban verdades y eventos salvíficos.

Ese era el propósito o meta de la clarificación indicada. Dios se deleita al ver en cualquier persona esa clase de obediencia que se basa en una fe “como la de un niño” puesta en Él. Pablo concluye este párrafo, este capítulo y en realidad toda la epístola, con las palabras del versículo 27.

4. La alabanza final

...al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.

Cuando Pablo reflexiona sobre lo que ha compuesto en base a la inspiración, se llena de asombro. Es por ello que se ve constreñido a añadir esta línea final a su doxología.

Él ha estado hablando del amor de aquel que es Santo por aquellos que son en sí mismos completamente indignos; del amor de aquel que es autosuficiente y que se extiende hacia quienes son totalmente incapaces de dar nada que a su vez pudiera enriquecer al Dador; el amor de Aquel que no esperó para brindar su ayuda hasta que aquellos que necesitaban desesperadamente dicho amor le estuviesen favorablemente dispuestos, sino que anticipó el amor de ellos; un amor que es totalmente soberano y sin par: “Pero Dios demostró su propio amor por nosotros en esto, que cuando éramos aún pecadores, Cristo murió por nosotros” .

Lo que llena el alma del apóstol de asombro, al concluir su epístola, es el hecho que Dios es capaz de rescatar pecadores de tal calaña; más aun, no solo de rescatarlos sino también de abrirles la entrada a la gloria eterna y de hacerlos entrar en ella ... ¡y a qué costo!, la vida de su Hijo.

Es con todas estas cosas en mente que Pablo finaliza su epístola tan notablemente hermosa e imponente, exclamando; “¡al único sabio Dios, por medio de Jesucristo, (sea) la gloria para siempre! El hecho que Dios fuera capaz de rescatar pecadores tales y que estuviese dispuesto a ello hace que Pablo fije su atención en la sabiduría divina; es decir, en la habilidad que Dios tiene para emplear los mejores medios para el logro de la más alta meta, a saber, la gloria que a Dios le atribuyen los corazones, vidas y labios de los redimidos.

Notemos la formulación exacta: “¡Al único sabio Dios, por medio de Jesucristo, (sea) la gloria para siempre!” Por cierto, que fue por medio de Jesucristo (su salida del ámbito del gozo y honor eternos; su autosacrificio hasta la muerte, muerte en la cruz; su victoria sobre la muerte y el infierno, etc.) que los pecadores fueron, son y serán salvados. Y es también “por medio de Jesucristo” que los redimidos tributan una alabanza sin fin a su Benefactor, el trino Dios. A Él, por lo tanto, sea la gloria para siempre.

Tal como lo hiciera anteriormente, a saber, al concluir la primera parte de esta carta, también ahora, al fin de toda la carta, Pablo añade su palabra de solemne y entusiasta afirmación y aprobación: AMEN.

La palabra “amén” proviene del hebreo *āmēn* (אמן) que significa “verdaderamente” o “esto es verdad”. Se incorporó al griego, luego al latín y finalmente al español. Es de origen semítico. En la Biblia hebrea se usa para terminar las oraciones y actos de fe. Se usa en el judaísmo, cristianismo e islam. Es una de las aclamaciones litúrgicas más frecuentes.

Pablo sella toda la carta a Romanos con un inmenso AMÉN. Este valida la doxología pero más aun, toda la carta. Valida la idea central: La justificación por la fe solamente a partir de la gracia de Dios solamente, en Cristo solamente, para la gloria de Dios... solamente.

El Evangelio conduce al mundo a la obediencia, a ser el mundo en el que Dios es el Rey. Pero esa obediencia no la impone una ley de hierro que quebranta al que se opone; es una obediencia que brota de la fe, una rendición que es la conquista y el resultado del amor. Para Pablo, el cristiano no es uno que se ha rendido a un poder ineludible, sino uno que se ha enamorado del Dios que ama a todos y cuyo amor se ha revelado para siempre en Jesucristo.

Así termina el largo argumento de la Carta a los Romanos: con un cántico de alabanza al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.